

psíquica, formulada ya, aunque con ménos precision y con otro carácter, por O. Caspari (1). Bueno es notar que, á pesar del sentido completamente hipotético de esa teoría psíquica y de su naturaleza anti-científica, es de todas las propuestas la que mejor remedia la falta que Hartmann encuentra en la Selección, y parece como si Gerland quisiera con sus unidades psíquicas convertir la teoría de Darwin en teoría mecánica, y destruir el inconveniente que todos reconocían y que más tarde debía Hartmann declarar.

Que la accion psíquica tiene indudablemente una gran parte y tal vez la principal en la Evolucion de los organismos, cosa es esta para todos evidente; al ménos, en tanto que no se descubran otros principios que los hoy reconocidos como los más inmediatos por la ciencia. Mas ¿cómo esta accion? ¿cuál su naturaleza? ¿qué procedimientos son los que emplea? son cuestiones á las cuales nadie puede responder, aunque esto no obste para que se acojan con placer y hasta con afecto, ya que no con conviccion, tentativas tan serias y tan sistematizadas como las de Gerland. El error capital de este notable antropólogo, consiste en dar naturaleza mecánica á lo que generalmente se le caracteriza por lo contrario, al *psíquis*; y aunque algunos fuéramos de su parecer, no se podría aceptar como principio científico lo que sería principio de disputas. Y esto con pleno derecho, porque ántes que todo, debe el científico demostrar la existencia de lo que como principio sienta, despues su naturaleza, por qué es principio, y por último la relacion que tiene con la evolucion de los organismos. Entre tanto, todas esas fórmulas no son más que teorías especulativas, hipotéticas, pero no realmente científicas.

JOSÉ DEL PEROJO.

(Concluirá.)

LA MUJER COMPARADA CON EL HOMBRE.

APUNTES FILOSÓFICO-MÉDICOS.

VI. *

DE LA MUJER EN SU NUBILIDAD Y CONSIDERADA COMO HIJA.

Segun el órden establecido por la naturaleza, para llegar desde el nacimiento á la muerte, todos los séres vivientes recorren distintos periodos, durante los cuales ofrecen fases y revoluciones que son más ó ménos importantes, pero siempre muy dignas de ser observadas. Estos periodos, llamados edades, se suceden en un espacio de tiempo más ó ménos rápido, y considerados bajo este aspecto los

séres vivientes, presentan numerosas diferencias. Por eso el nacer, crecer, desenvolverse, florecer, fructificar luégo, secarse y perecer, son para muchas plantas, que se las llama anuales atendida su corta duracion, fenómenos y sucesos orgánicos, cambios de escena en la vida, que, á pesar de ser tan notables y variados, se realizan en un solo y mismo año. Por eso tambien, animales pequeños atraviesan la vida con una rapidez asombrosa; y bien podría decirse que en la misma se observan juventudes de la mañana, que á la tarde son ya verdaderas decrepitudes; mientras que los grandes vegetales recorren con lentitud las largas estaciones de una vida de muchos siglos.

Los séres colocados al término de la escala animal por su mayor desenvolvimiento y perfeccionamiento, como los cuadrúpedos, y principalmente el hombre, presentan sus diferentes edades durante un espacio de tiempo, cinco ó seis veces mayor que el que emplean en su desenvolvimiento. Los cambios de estado que forman época y que sirven para señalar las diversas edades, no se pronuncian con igual expresion en los animales; y las variaciones de la organizacion humana en general, lo mismo que las de la mujer en particular, no indican de una manera bastante marcada las estaciones de su vida. Imperceptibles en los detalles y señaladas á grandes rasgos en épocas distintas y muy separadas, multitud de fenómenos se realizan y suceden durante las mismas, que hacen que su vida se desenvuelva y su muerte se realice por grados, siendo muy difícil, ó poco ménos que imposible, el apreciar sus fenómenos íntimos. Tan natural es esto, que ocurre lo mismo en séres de organizacion superior á la de las mismas plantas. Por eso no es posible observar y seguir todos los cambios y mutaciones que una planta experimenta, desde el momento que el calor fecundante de la primavera viene á reanimarla hasta aquel en que el invierno ó sus primeros rigores la despojan de todos los adelantos y atavíos que la primera estacion la había dado para colocarla en la inercia y en el sueño; sin que por esto dejen de percibirse los fenómenos más sorprendentes de su desenvolvimiento. Así es cómo se realiza el hecho de desenvolvimiento de sus botones, entreabriendo la corteza del árbol para mezclarse con la tierna verdura ó el color oscuro ó grisáceo de sus ramas que tiempo hacía reposaba adormecido; así es de notar la señal á la vida, anunciando que todo en ella vuelve á revivir y tomar un aspecto alegre y risueño. Esta impresion tan agradable, que separa nuestra vista de los progresos insensibles que la planta hace, llegando hasta confundir sus hojas con sus flores, sorprende nuestra alma y todos nuestros sentidos en dulce éxtasis contemplativo de concurso tan singular y de belleza tan arrebatada-

(1) O. Caspari. Die Urgeschichte der Menschheit. Leipzig, 1875.

* Véanse los números 62, 65, 64 y 65, páginas 526, 565, 408 y 444.

dora. Disípase este fenómeno tan luégo como desaparecen las causas que le habían producido; las flores se secan, dejando plaza á los frutos que deben sucederlas y consolarnos de su pérdida. Esta nueva época da á nuestra alma un nuevo género de sensaciones; la viveza de las primeras se embota, pero es reemplazada por otras sensaciones, cuya satisfaccion, aunque ménos impetuosa, es más permanente y va acompañada de cierta complacencia y tranquilidad, que llena el alma sin agitarla. En fin, los frutos desaparecen y su vacío anuncia que la planta, que tanto nos ha complacido tiempo antes con su eflorescencia y fecundidad, va á ser tronco estéril. Sin embargo, nos consolamos con la imperfecta sombra que nos da, y si bien considerada su próxima decrepitud la vemos con amargura, esta misma se dulcifica con los recuerdos que nos deja.

Tal es la imágen de la mujer. Aunque ésta cambia desde su nacimiento hasta su último momento, no nos es posible detenernos ni fijarnos más que sobre aquellas épocas más principales de su vida, que se hacen tanto más notables por el diferente carácter que manifiestan, cuanto por las diversas impresiones que nos produce durante tan diferente tiempo de su vida. En la especie humana, la mujer tiene gustos que se refieren siempre á su especial destino; en general, no tiene otras pasiones que aquellas que se refieren á la conservacion de la especie, y que la caracterizan en todas las épocas de su vida. La niña se entretiene y quiere sus muñecas; cuando jóven preve y siente el amor; más tarde, en la maternidad, halla su felicidad; y, en fin, vieja ya, se acoge á sus nietos, cuyos cuidados son en sus restantes días su ocupacion más deliciosa.

Verdad es que en la primera infancia las niñas difieren ménos de los varones que en una edad más avanzada, porque á medida que las unas y los otros se desarrollan, los sexos se perfeccionan más; y si prescindieramos de éstos y de sus vestidos, en algunos años podrian confundirse. Sin embargo, observando atentamente en esta misma edad, se distinguen diferencias en la constitucion física y en el carácter moral de cada sexo. Comunmente, la niña es más delicada, más fina y flexible que el varon del mismo tiempo; sus cabellos son más largos, más suéltos, y sus músculos más tiernos y flexibles; su color es ménos vivo ó más blanco, su piel más fina, y su complexion más delicada y tierna; tiene gustos más sedentarios, prefiere las ocupaciones ménos ruidosas, y se entrega á trabajos más ligeros y apropiados á su temperamento y destino. Por eso la vemos casi siempre ocupada al lado de su madre, vestir y ataviar sus muñecas; entre tanto que el chico se separa de la que le dió la existencia, corre, salta, palmotea y se arma para el combate, como si presintiese ya su peligroso destino. De la misma

manera, la niña se ostenta más tierna y más afectuosa que su hermano, marcando en su espíritu una firmeza y una penetracion más vivas y más avanzadas que en el varon de la misma edad. Tiene además mayor docilidad, gentileza y precocidad; su organizacion marcha más de prisa, porque su sensibilidad física y moral es más excitable y más fácilmente puesta en juego por todas las cosas que la rodean. A esta misma época no es ya indiferente á la coquetería y al arte de agradar, deseando ser mujer ó mayor para ser amada: este es, en el fondo, el carácter de su naturaleza desde su más tierna edad. A medida que la niña crece y su organizacion se desarrolla, su carácter se hace más reservado más modesto, como si preveyera las consecuencias de sus afecciones; desde entónces parece temer y retraerse de la carrera de la vida, en que el jóven ardiente se precipita con todo el fuego de su temperamento.

El intervalo que separa la edad de diez años de la pubertad, constituye la época de transicion de la adolescencia, que es, sin duda, el tiempo más hermoso para la mujer. Su extremada movilidad nerviosa hace que no puedan ser largamente impresionadas por penosas sensaciones que pudcan oponerse á su felicidad. Este periodo es para ellas la edad de sus alegrías y más sabrosos goces, porque su imaginacion les pinta todos los objetos sonriéndolas, y su existencia se encuentra agradablemente variada por una gran movilidad de gustos y afecciones. A esta edad, libres aún de penas y de pesares, cantan, lloran y rien en un mismo instante, y, como tanto sus alegrías como sus placeres y disgustos son efímeros, llegan de este modo por un camino de flores á la edad en que la natuleza las llama á pagar el tributo que deben á la especie. La niña que hasta entónces no era en cierta manera más que un sér equivoco, y sin sexo bien determinado, en adelante se hace mujer por su fisonomía y por todas las partes de su cuerpo, por la elegancia de su talle y la belleza de sus formas, por la finura de sus rasgos, por su estructura, por el timbre más sonoro de su voz, por su sensibilidad y sus afecciones; y, en fin, por su carácter, por sus pensamientos, deseos y costumbres, y hasta por sus enfermedades. Bien pronto, cuantos rasgos tenían de comun los dos sexos, se encuentran completamente borrados; el boton nuevamente abierto figura ya entre las flores, y esta brillante metamorfosis es señalada por los frescos colores que envuelven la pubertad.

Bien considerada, esta es la época más peligrosa y tempestuosa de la vida de la mujer, porque en ella es, sin duda, su sensibilidad atormentada en sentidos bien opuestos. En estos solemnes momentos la inocencia de la mujer, este guía tutelar, cuyo mágico poder vela en el fondo de su tenebrosa solici-

tud, la trasporta sobre un trono rodeado de halagos, en el cual necesita más que nunca de toda su virtud. ¡Dichosa la que sabe mostrarse bastante modesta, cualidad tan encantadora que da nuevo precio á todos los tesoros que ya reúne!

En la pubertad, esta brillante época, llamada por Buffon primavera de la vida y estacion de los placeres, el adolescente pierde su ambigüedad y se hace hombre ó mujer; su sexo se pronuncia revelándole el secreto de su potencia. Un sentimiento nuevo se eleva en el fondo de su corazon, haciéndole aprender que no puede seguir indiferente en el mundo, que el cuerpo tiene ya más vida que la que necesita para sí solo, y que ésta tiende á difundirse fuera del mismo.

En realidad vivimos más para nuestra especie que para nosotros mismos, porque en nuestra infancia sólo alcanzamos una pequeña ó incompleta vida, en la vejez llevamos ya con nosotros los restos y las ruinas de nuestra existencia pasada, y cuando gozamos de una vitalidad completa, en nuestra virilidad, entónces tiende á separarse y nos abandona para formar nuevos séres. La edad de la reproduccion es la representante genuina de la naturaleza; para ella han sido creadas la fuerza, la salud, el placer, la belleza y el amor, y á esta única época es cuando resplandecen la inteligencia y la energía del alma. Al perder la facultad generatriz, todas estas ventajas nos abandonan; el amor desaparece, la belleza se eclipsa, el vigor se enerva, el genio se apaga, el placer y la salud huyen, y el tiempo mata todo nuestro placer é ilusion; sólo nos queda una pócima amarga en la copa de la vida: parece que solamente hemos venido al mundo para la reproduccion; y fuera de este tiempo todo es debilidad, penas, miseria é impotencia en la vida. Los dos términos de nuestra existencia, nacimiento y muerte, se tocan como dos eternas corrientes, cuyo punto de confluencia corresponde á la especie, porque sólo de ella alcanzamos nuestro vigor, y á ella tenemos que devolverle. La existencia no es otra cosa que una trasmision de las facultades ó fuerzas de la vida desde el origen de la especie humana hasta nuestros días, y más bien que vivir para nosotros mismos, vivimos para la especie y por la especie, puesto que no podemos vivir sin ella. Los individuos, en realidad, no son más que efimeros usufructuarios de la vida, cuyo fondo elemental reside en la masa de los séres organizados. La generacion no es otra cosa que el paso del movimiento vital de un cuerpo organizado y viviente á una materia dispuesta á organizarse, y la naturaleza, para realizarlo, sólo conoce el acto de la generacion, el único fin de sus trabajos; y lo que llamamos amor es la manifestacion exterior del movimiento vital que tiende á repartirse en todos los séres para co-

municarles la vida. Por eso todos somos animados por el amor, al cual debemos la fecundacion de nuestra existencia.

Á esta época, la más importante de la vida, la compañera del hombre, que hasta entónces apenas de él se diferenciaba, sale de la vida comun á los dos sexos y se reviste de los importantes atributos que la da la especie; ya no es una niña que sólo existe para el presente y para sí misma, sino que es un miembro interesante de la gran familia. Desde luego ya no la bastan los juegos simples de la infancia, y en vano trata de hallar en ellos el medio de disipar cierta turbacion nueva de que se siente afectada. Nota en su corazon un vacío que en vano intenta llenar. Inquieta por una serie de vagos y oscuros deseos que la atormentan, quéjase en silencio, evita las miradas y busca la soledad, esperando hallar en ella la calma que ha perdido; una melancolía vaga y sin objeto caracteriza este nuevo estado. Vuélvese tímida, reservada y distraida, deseando ménos ya el placer que el bienestar, y la necesidad de amar la hace buscar la soledad, cuyo nuevo deseo, ocupando su corazon por entero, cuando no puede ser satisfecho, es origen de trastornos y desórdenes de todo género. Su imaginacion, naturalmente viva y móvil, acrece su trastorno y su embarazo, privándola de fijar sus ideas sobre un punto cualquiera; de aquí sus escéuticos y raros gustos, sus cambios de alegría, tristeza y cólera á los que se entrega bruscamente para abandonarlos por cualquier motivo. En fin, en medio de este embarazo é incertidumbre languidece en una profunda melancolía, suspirando sin darse razon ni encontrar motivo. Este penoso estado de incertidumbre no tarda en disiparse, y la niña, hecha mujer, comienza á entrever claramente el objeto de sus deseos. Siente que en vano tratará de resistir á la necesidad de aproximarse á un sexo que su imaginacion ardiente la pinta con los más bellos colores y las más seductoras formas; y sin abusar de las relaciones que con el mismo debe tener, deja de disimular que ha de amarlo y se apercibe de que lo ama. La necesidad de ser pagada con tierna pasion, principia á resplandecer en sus ojos, que brillan con puro fuego, manifestándose en todas sus acciones como impulsada ó dirigida por la más inocente y disculpable coquetería.

El pudor, cuyo irresistible ascendiente se deja ver por un atractivo embarazo y un reciente desenvolvimiento de gracias admirables que se notan en todas sus maneras, viene á poner freno á la vivacidad de sus deseos que mil veces se reprocha haber tenido la temeridad de formarlos. Pero lo que parece asustarla más en esta lucha interior, es el temor de no poder resistir sus afectos, así como el rigor de los medios que se verá obligada á emplear

para eludir las numerosas contradicciones en que tiene que caer frente á la sociedad. Esta revolucion, operada en la mujer tan brevemente, es la que cambia los destinos del hombre, puesto que su celeste imágen viene á fundirse en todos sus pensamientos, inquietándole y calmándole á la vez de tal suerte, que no hallando suficientes afecciones en la familia á que se debe, toma otro afecto más íntimo y más exclusivo, el de la compañera que Dios le ha creado, el ángel que únicamente ha de amar, bien de los elegidos, y todos sus deseos se concentran sobre este objeto. Ayer su voluntad era de hierro, hoy ya no tiene ni voluntad ni capricho, cierta cosa heroica y superior se levanta en su sér al lado del amor, que hace que la vida sólo le sea querida para poder darla luégo. En cambio la niña, mujer ya, sorprendida del sentimiento que inspira, cortada y pensativa, inclina su frente y se ruboriza, pero ruborizándose observa su conquista y la encadena. ¿Quién la revela un secreto que su amante desearia ocultar á todo el mundo, quién? Su amante mismo: su respeto, su silencio; aquella sea mision y adoracion tímida que le retiene inmóvil y temblando, es un lenguaje claro y universal; bajo el fuego del trópico, como sobre el hielo del polo, la inocencia entiende este lenguaje, y le entiende sin saber por qué ni haberle estudiado; le entiende, sin duda, porque es una ley general de la naturaleza que á la época en que la belleza se realiza sea la maestra de una voluntad que no se pertenece. Así es que la jóven que hasta entónces no se conocía y no había sabido más que obedecer, sin ciencia y sin experiencia, se hace de golpe poderosa y soberana. Ella dispone de la vida y del honor del hombre que la ama; ella quiere y súbitamente es obedecida. Su voluntad de niña da un héroe á la patria ó un asesino á la familia, segun la altura de su alma ó la ceguedad de su pasion.

Esta es la crisis moral porque la mujer atraviesa hasta alcanzar su completo desenvolvimiento. Examinémosla ya como hija y dentro del santuario de la familia. Pronto, muy pronto se desenvuelven en ella la inteligencia y el tacto, por eso la vemos en las desagradables discusiones domésticas buscar la atenuacion de una palabra mal sonante que ha sido pronunciada; disipar las desagradables impresiones; evitar las disputas y mantener la buena concordia y armonía. Aunque su educacion sea defectuosa y la sociedad la desprecie, no es fácil hacer degenerar á la naturaleza real de la mujer, despojándola de la mision que Dios la ha dado; mision de paz, de regeneracion y de bienestar.

Si el hijo representa en el hogar paterno la esperanza, la hija tiene por mision representar la paz, la pureza y la gracia. Á su presencia, como dice el indio en su poético lenguaje, el padre participa de

la vida de las vírgenes. Cuando la madre llora, su hija es quien la enjuga sus lágrimas; cuando sufre el padre, la misma es quien le consuela. Al llegar el padre, rendido de trabajar y lleno de preocupaciones, ¿quién corre presurosa á su lado para despojarlo de sus incómodos vestidos y enjugar su frente bañada de sudor? Su hija; cuyo cansancio y sudor sólo de este modo se disipan. Pero no es ménos importante lo que pasa de parte de la educacion: apenas el hijo ha salido de la infancia, la educacion pública le reclama y le separa del lado de sus padres, mandándole á muchas leguas de distancia, de suerte que sólo pueden verlo por meses ó años; y cuando vuelve á su lado lo hace ya desacomunado de los mismos, formado por otros, y no encontrándose bien bajo aquel techo en que cree faltarle el placer y la libertad. Acabados sus estudios, los placeres, las pasiones y el juego son los que se le disputan; la casa paterna es para él una prision, y sus padres sus carceleros. Si aún le afligen y le desagradan las lágrimas de su madre, sólo es por una hora, el tiempo que las ve correr. Tiene la fiebre de la vida, y, ante todo, necesita vivir. Hé aqui lo que es un hijo hasta que llega á ser hombre.

En cambio una hija, si la organizacion de la familia á que pertenece está conforme con su ideal, será siempre de los padres y estará con ellos representando la educacion doméstica. Por eso al ser padre, hay que ser creador, porque crear no es sólo hacer el cuerpo, sino formar un alma, lo que se logra educando á la hija. Realizada esta empresa, no hay que temer nos abandone su corazon, ni aún en el caso de que su mision sea otra; pues en el mismo de haber llegado á ser madre, repasando el camino de maestra que ha atravesado como alumna, cada una de sus pruebas en esta nueva via será un recuerdo para nosotros, y cada recuerdo un verdadero reconocimiento. En fin, viene la vejez para los padres, y con la vejez el aislamiento, la tristeza y las enfermedades. En este estado el hijo no les abandonará; pero arrastrado por la necesidad de actividad que constituye el fondo de la vida de los hombres, sus visitas serán raras, breves sus palabras y no sabrá consolarlos. Al contrario la hija, sea casada ó libre, se establecerá á su cabecera y llevará á los más incrédulos corazones el bálsamo de la fe y la creencia en la divinidad. En fin, por una contradiccion sorprendente en tales situaciones, la hija se convierte en madre, y con entonaciones tiernas y cariñosas, reservadas solamente á la infancia, con palabras que sólo pueden hallarse en boca de las madres, consuela de tal suerte á su pobre padre, que cuando el viejo se apercibe de tal inversion del lenguaje, con sonrisa llena de melancolia y ternura, dice á su hija: *Estas SON NIÑADAS, yo lo sé, pero SOY FELIZ en ser una criatura á tu lado.*

VII.

DEL AMOR EN GENERAL.

El amor no es una sola pasión; con él se despiertan y reúnen todas las demás. Su imperio se extiende por toda la naturaleza, y nada se conoce que se sustraiga á su ley, siendo esta vida del universo que hallamos en todas partes, lo mismo en el primer grado que en el último de la creación, ya actuando con la materia, ó ya divinizándose con el espíritu. Como afinidad, atrae las moléculas; como atracción, sostiene los mundos planetarios; como fuerza productora y generatriz, renueva y mantiene la naturaleza viviente; como sentimiento, nos abre y proporciona el infinito. De un modo sorprendente, esta ley universal, despojándose poco á poco de sus formas geométricas, pasa de la atracción al amor que en los seres vivientes, especialmente en los animales, es el atractivo del placer. En las plantas hace nacer la obra más perfecta para un hímen ó placer de algunas horas solamente: nada falta en ellas, el perfume, las formas, los colores, la riqueza, la gracia, la variedad; todo se prodiga en ellas, cual si fueran conscientes de que fuera de sí mismas habría ojos para verlas y almas para admirarlas. De las plantas á los animales, la escena se anima y la vida crece: en éstos, el placer toma voz, se llaman y se buscan; el pájaro canta, el insecto zumba, y el león hace estremecer el desierto con sus terribles rugidos. Aquí comienza el amor sentido é instintivamente expresado, amor pasajero, de una estación, de un día ó de una hora, y esto pasado, todo vuelve al silencio; el león se hace solitario, el ruiseñor no canta, y toda aquella belleza, ornato del amor, queda desvanecida. La naturaleza lo quiere así: llamando todos los seres al placer, multiplicando el amor, apaga sus llamas, porque preve los peligros de más grande liberalidad en lo que tanto la conmueve. Hasta aquí, la ley ha sido impuesta y obliga ciegamente, aunque dulcificada por el placer. Pero al llegar al hombre, cesa de ser una obligación fatal, sin dejar de ser una fuerza que se crece con todos los encantos del sentimiento, de lo bello, de lo infinito, y que acrecentándose de este modo, cambia de dirección y se eleva de la tierra al cielo.

El amor se despierta en nosotros como algo que no puede morir, como un sentimiento eterno que nos proporciona alguna cosa sobrenatural y divina que, calmando más nuestro espíritu que nuestros deseos, toca más bien al alma que á la materia. Este sentimiento se le ha llamado impropriamente platónico, que es como si digéramos, puramente metafísico. Platon entendía que, con este sentimiento, el hombre de bien prefería las cualidades

del alma, origen verdadero de placeres delicados. á las ventajas del cuerpo tan pobres como monótonas y pasajeras.

En los animales, el amor, esta ley de la vida, sólo se ocupa de la conservación de la especie; pero en el hombre toma un carácter más noble y más elevado, dándole el mayor bien que le es posible alcanzar al individuo. Si el amor, como decía Marco Aurelio, no fuera para el hombre otra cosa que una corta convulsión, le rebajaría hasta el nivel del bruto; pero es al contrario, su superioridad moral la debe toda á este sentimiento. La causa primordial del amor, es, sin duda alguna, el instinto de reproducción, instinto poderoso y propagador, que excitado por la belleza y la gracia que el Creador ha puesto entre nosotros para perpetuar su obra, hace que reparemos las pérdidas de la muerte con una continua trasmisión de la vida. Únese á este instinto un sentimiento afectuoso que reúne á su dulzura su infinita duración. Esta pasión soberana, casi única en el sexo, y que, según un filósofo sólo el matrimonio puede hacer de ella una virtud, es de ordinario vehemente y nos trasporta hácia el objeto amado; unas veces es llama devoradora que hace erupción de todas partes; otras es fuego latente que nos mina y nos consume. El amor, dominador universal de los seres que respiran, es siempre el mismo y siempre nuevo; y habiendo comenzado con el mundo, sólo concluirá con él. Como pasión, no presenta un carácter tan determinado como las demás, porque se identifica con el espíritu y participa de su temple, de su grandeza ó rebajamiento. Demuéstrase sombrío y suspicaz en el celoso, exigente y hasta tirano en el orgulloso, sensual y frío en el egoísta, caprichoso é inconstante en el sensualista, y tímido, tierno y delicado en quien sabe apreciar las cualidades del corazón y del espíritu. De todas las pasiones, es ésta, sin duda, la más difícil de describir, porque ofrece en cada individuo tanta diferencia como presenta su fisonomía. Al nacimiento del amor, sólo vemos por su encantador telescopio; todo nos agrada y encanta; la seductora esperanza cambia nuestras penas en placeres; en todo hallamos referencia al objeto amado; le vemos en todas partes; vivimos sólo por él; gozamos las delicias de una nueva existencia, porque todo se embellece á nuestros ojos, y cuanto nos rodea toma un aspecto sonriente; sólo respiramos bienestar, placer y voluptuosidad; todos nuestros sentidos se hallan embriagados, y nuestra alma, apenas puede soportar las dulces emociones que experimenta, así como el corazón los tiernos sentimientos á que se abandona.

Desde que toma asiento en nuestro espíritu, se alimenta de sí mismo, tomando rápido acrecentamiento que nos liga generosamente y sin reserva al

objeto amado. Los encantos que nos han seducido, parecen multiplicarse y atribuimos al objeto amado más cualidades que él mismo pudiera soñar; el prestigio del alma fascina nuestros sentidos y trastorna la razón; los deseos, la esperanza y las más dulces afecciones, toman cada día nuevas fuerzas, y bien pronto nuestro corazón reclama un alimento más real, que solamente puede serlo la posesión misma de la realidad de nuestros sueños.

Origen unas veces de vivos y dulces placeres, otras de agudos males, el amor, según que es feliz, contrariado ó celoso, es la más dulce ó la más horrible de las pasiones, y las modificaciones que imprime al alma y al organismo en estos tres casos, ofrecen las diferencias más marcadas y sorprendentes. Cuando nos abandona la esperanza, nos entregamos á la tristeza y á la melancolía, cayendo como plantas desecadas por los ardientes rayos del sol. Las desgracias en amor son más difíciles de soportar que todas las otras; pasión que entenece el corazón, no le queda en estado de sostener el menor choque. El alma, en las crisis ordinarias, puede recoger sus fuerzas y oponerlas con ventaja á una crisis imprevista; pero enamorada, herida en su parte más sensible, queda muerta bajo el golpe que la priva del único resorte que la daba el movimiento y la vida.

El amor dichoso ó con el que se espera serlo, comunica á todo nuestro ser un calor dulce, bienhechor y saludable; enrojecese el semblante y todas sus facciones se animan de una expresión nueva; el corazón palpita á la vista ó al sólo pensamiento del objeto amado; el pulso es frecuente y ancho; la respiración desenvuelta; el timbre de la voz suave y agradable; el lenguaje animado é hiperbólico. Las facultades mentales participan de la misma actividad; todo enamorado tiene su agudeza; sus pensamientos son ricos y variados, y el lenguaje es persuasivo. El amante feliz lo olvida todo; sin cuidarse de su fortuna y de su gloria, sólo piensa en el bienestar de ser amado, hallándose siempre dispuesto á las acciones más generosas. El amor es un delirio que da fuerza, valor, genio y virtud hasta al hombre débil, estúpido y vicioso, con tal que la misma á quien ama así se lo exija.

El amor contrariado tarda bien poco en producir trastornos orgánicos: el pulso es pequeño é irregular, la respiración anhelosa, la digestión difícil y se siente opresión en el corazón: el semblante es triste y decolorado, la mirada fija, lánguida y húmeda. Dominado por un pensamiento exclusivo, el amante contrariado parece haber perdido la inteligencia y todas sus facultades morales: Sus mismos sentidos parece que le son inútiles; oye sin comprender; mira sin ver; quiere hablar y se confunde; todo le disgusta y le importuna, sólo le agrada la inacción y la soledad.

Feliz ó desgraciado, el amor suele complicarse con celos, sentimiento exclusivo y egoísta que se convierte en veneno de la pasión de que debiera ser alimento. El celoso, tirano ó esclavo, se conduce sin dignidad; las más raras suposiciones agitan perpetuamente su cerebro enfermo; no tiene sosiego, y los más absurdos temores le persiguen en sus delirios. En sus movimientos, en su actitud y en su semblante hay algo de siniestro que inspira miedo y antipatía á los sufrimientos que le quebrantan: á los ojos del celoso no es posible presentar justificación alguna, y si alguna vez, por un sentimiento de piedad, concede alguna demostración afectuosa al ser á quien acusa, bien pronto sus sospechas se duplican, y aun cuando admita alguna prueba en contra de las mismas, sin tardanza vuelve á caer en sus imaginarios temores, haciéndose no menos injusto é intolerable que ántes.

En su dolorosa y continua ansiedad, este desgraciado se consume en el deseo febril de averiguar lo mismo que teme conocer, y cuando pasa de la duda á la certidumbre de no ser amado, el sentimiento que le dominaba cambia bruscamente en desprecio, y más ordinariamente degenera en odio, en furor, ó termina por la locura y el suicidio.

Aún hay otra faz importante en el amor, que no es, por cierto, ménos frecuente en el hombre en quien traza su sello con caracteres indelebles, y es la de un amor desenfrenado. Los signos de esta pasión se marcan en el físico por la palidez, la demeración, pulso irregular, pequeño y débil en ausencia del objeto amado, frecuente y tumultuoso á la vista del mismo, y una pequeña fiebre, descrita por Lorry con el nombre de fiebre erótica. En la moral se observa gran movilidad de carácter y un gusto pronunciado por la soledad y lo extravagante; un abandono completo en cuanto tiende á la higiene del cuerpo y los quehaceres más importantes, desprecio de las riquezas y honores; en fin, una perversión evidente del juicio, que hace que, sordo á los consejos de la conciencia y el deber, trate como esclavos á los que son objeto de su pasión.

Es indudable que estos caracteres, que presenta el amor, corresponden al hombre, hallándose en armonía, tanto con su viril y fuerte constitución, como con la soberbia de su alma: en la mujer varían, y aún en lo que tienen de común son más suaves y delicados, correspondiendo á la fineza de su fibra y á lo delicado y variable de su sensibilidad.

Si el amor ejerce gran influencia en el destino del hombre, el de la mujer le rige enteramente. Amar, ser amada, hé aquí su felicidad y supremo bien. Suprimiéndola el amor todo se decolora y entristece alrededor de ella; sólo con él y para él quiere los placeres; la belleza, el ingenio, las gracias y la

juventud sólo tienen precio para la mujer cuando la dan el poder de inspirar esta pasión; pero desgraciada la mujer que no sabe sacar partido de estos dones, sometiendo á la cabeza el corazón; porque entónces todo suele concluir para ella.

El amor, supremo señor del corazón de las mujeres, jamás renuncia á su imperio; puede transformarse con los años, pero no desaparece enteramente. Balzac, analizador profundo, que con tanta perfección sabía hacer la autopsia del corazón humano, despojando á cada fibra de su envoltura, explicando la causa de cada uno de sus estremecimientos, y revelando con una palabra las grandezas, las debilidades, las virtudes y los vicios, el valor y la cobardía de la especie humana, este filósofo nos dice que, en la vida de la mujer más virtuosa, de la esposa y de la madre más irreprochable hay un momento de duda, de vacilación, y quizá, desdeñando la tranquilidad de su existencia, la pesa no haber llevado á sus labios la copa embriagadora y amarga.

Es indudable que la mujer fué creada para el amor, porque todo en ella lo revela: su corazón, su agudeza, su organización, su debilidad misma son de acuerdo, y la gritan que necesita amar y ser amada. Más expansiva que el hombre, tiene necesidad de simpatía; el rayo vivificador del sol de la mañana llena su alma de alegría, y la perfumada brisa de la tarde la produce vaga é indecible languidez. Sí; el amor se encuentra en toda la existencia de la mujer, y á medida que avanza en la vida, se trastorna, pero no desaparece. La mujer que no haya amado, de ser posible que exista, es un sér incompleto, que no ha sido aún animado del reflejo misterioso que da calor y embellece á cuanto la rodea, hasta los más vulgares detalles.

En todas sus edades la mujer guarda en el fondo del corazón el ideal que se ha creado, al cual cree reconocer siempre que ama. Por eso, cuando una mujer de mérito se prenda de un hombre vulgar ó estúpido, es porque en él ha visto el engañador espejo de la imagen adorada, y cuando el desengaño llega, cae el héroe y queda el hombre que, al verlo tal cual es, siente profunda humillación.

Sin embargo, no todas las mujeres experimentan la necesidad de amar en igual grado; algunas, tan inconstantes en sus sentimientos como en sus ideas, se entregan desde su juventud á la coquetería, á los vanos placeres del mundo, y envejecen, casi sin notarlo, entregadas á este ídolo. Otras, más dignas y apreciables, no comprenden el amor, si no le hallan de acuerdo con los principios de honor y virtud en que han sido educadas: es indudable que, entre estas últimas hay que buscar la fidelidad conyugal y el verdadero amor maternal. La mujer generalmente se siente ménos obligada que el hombre al acto de la reproducción: en muchas

este acto, al cabo de cierto tiempo de unión, más bien que una necesidad, es un testimonio de afectación constante á la exigencia de una pasión que es exclusivamente del corazón ó del cumplimiento del deber; esto pasa especialmente en la mujer, cuando llega á ser madre, porque sus facultades afectivas se han multiplicado y repartido, y porque todo su sér apenas basta á la efusión del nuevo sentimiento que las embarga. Es necesario tener en cuenta que estoy hablando de la mujer que cumple con las leyes y deberes impuestos á su sexo; pues, cuando la misma se entrega al libertinaje, es un conjunto horroroso de vicios que deshonran la humanidad. El amor en los dos sexos por nadie ha sido mejor definido que por una mujer de ingenio cuando dijo: «el amor en el hombre es la inquietud; en la mujer la existencia.» Por eso ordinariamente esta pasión da á la mujer el espíritu y agudeza que la falta, mientras que al hombre le hace perder el que tiene. Hagamos, pues, que no llegue jamás á maldecir esta pasión sublime, y que la conserve digna siempre de sus importantes fines, porque es indudable que la sociedad, comprimiendo los latidos del corazón, resulta comunmente culpable de que el amor sea causa de dolor y desgracia en la mujer. El primer pensamiento y el fin real de la existencia de la mujer es el amor, delirio acariciado durante toda su vida; ser amada constituye su mayor ambición; para unas es ternura pura del corazón: para otras pura vanidad. Pero este sentimiento se halla en todas las mujeres, aun en las más indiferentes en la apariencia, cuya alma frívola le traduce en coquetería, profanación del mismo y negación de la verdad; porque la coquetería es la máscara de corazones fríos que gozan con un amor de que no son dignos ni capaces de comprender, por lo mismo que no le han sentido.

El amor correspondido hace á la mujer de carácter dulce y amable, sin vaga tristeza ni melancolía, y sólo la alegría se ve hasta en sus lágrimas. Cuando sufre cruel desengaño, cúbrese con el manto del duelo, pero difícilmente la abandona la fe, y una voz interior que la recuerda su amor perdido y sus dolores, la afirma en la esperanza. No sucede lo mismo cuando en su corazón se levanta la tempestad de los celos, pues entónces esta alma dulce y sin resistencia es tiranizada de tal suerte, que inspira compasión y piedad. La salud, el mérito y hasta la virtud del objeto amado son vota-fuegos de sus devorantes celos; esta fiebre envenena y corrompe cuanto tiene de bello y bueno la mujer.

En los climas meridionales, en que domina el temperamento nervioso y la idiosincrasia hepática, la mujer, lo mismo que el hombre, tienen pasiones más vehementes, y la de los celos frecuentemente acibarán su vida, haciendo la desventura de sus

respectivas familias. Es indudable que el amor en la mujer no afecta ningun carácter ni toma otra faz tan temible y sombría como la de los celos, porque las demas ya apuntadas, son características del hombre, especialmente el amor desenfrenado.

No hay tormento comparable con el que sufre la mujer celosa: fija siempre su mente en el mismo objeto, atormentada por la duda, agujoneada por la incertidumbre, creyendo de ordinario que el corazon de su esposo ó de quien ama, no es exclusivamente suyo, vive sin descanso noche y dia y sin encontrar consuelo en medio de su tristeza y desolacion. Prevenida por su pasion, todo lo ve al tenor de la misma, que es su idea fija y predilecta, y todo lo interpreta en consonancia con su preocupacion. La más leve muestra de enfado la parece desvío, y todo arranque de mal humor le considera desprecio. En todos los hechos, en todas las palabras de quien ama, encuentra, á su modo de ver, motivos legítimos para alimentar su desvarío y dar pábulo á la fascinacion que ejerce en su espíritu pasion tan lamentable. Puede, en verdad, decirse, que es un continuo torcedor que hace desdichada su existencia y que, cuando adquiere grandes proporciones, trastorna la razon, pervierte el juicio, sofoca los más nobles sentimientos é influye sucesivamente en la salud.

Es una pasion bastarda de la que debe huir la mujer que desea su felicidad y la de su familia, teniendo en cuenta los sinsabores, disgustos y crueles sufrimientos que ocasiona, pero aún es más odiosa al considerar las fatales consecuencias que acarrea.

En efecto, la mujer celosa que no conoce su flaqueza y da rienda suelta á su pasion, sin reprimirla jamás con los consejos de una razon ilustrada, se ve fácilmente conducida á la desesperacion ó precipitada hácia la venganza. Necesita tener fuerte espíritu, creencias muy arraigadas, y una moral sólida para que, creyéndose, siquiera sea bajo el prisma de la ilusion, despreciada, tratada con desvío ó postergada á otras mujeres por el mismo que es objeto de su ardiente amor, no sienta los impulsos de la desesperacion; y cuando el apego á la vida, los vínculos de la familia y de la sociedad la apartan de esta senda, nada más fácil que el que salga á su encuentro la terrible idea de la venganza.

Sólo en casos excepcionales suele atentar contra la vida de quien ama; cuando las desgracias de que está poseida y dominada por tan detestable pasion han llegado á trastornar su razon, y en medio del delirio concibe tan infieco pensamiento. Es más frecuente que la idea de venganza revista otra forma, en mi concepto más odiosa, aunque igualmente criminal y censurable: me refiero á la tentacion de manchar su honra para hacer sentir á su esposo, ó

sér amado, el dolor y la amargura de su corazon. No es en este caso la sensualidad la que conduce á la mujer á tan horrible precipicio, es el infernal placer de la venganza, la intencion sañuda de clavar en el corazon del hombre espinas que lo hieran hondamente en lo que más debe sentir y estimar. Este pensamiento es tan terrible, que solamente el espíritu del mal ha podido sugerirsele para colmar su desventura. Las que así obran, no ven, no comprenden que el mal que intentan hacer á quien aman refluye sobre ellas mismas; en su loco desvarío no conocen que tan grave falta rebaja el concepto de la familia, y envenena este pequeño elemento, este organismo tan necesario, base de la sociedad: no consideran que tal hecho destruye su honra y mata su buen nombre, el más rico tesoro de la mujer: no entienden que tales manchas son indelebles y no se lavan jamás: no saben que la sociedad no perdona á la que de este modo se ha prostituido, profanando vilmente la fidelidad conyugal; y no juzgan, en fin, que honra enaltece á la mujer, y nunca mejor la alcanza que cuando, fiel á sus deberes, se resigna y sufre sus amarguras y dolores en silencio, siguiendo la senda de la probidad y de la justicia, sin faltar jamás á sus compromisos y deberes.

Tales y tan graves son los males morales que los celos pueden acarrear á la mujer, y si bien creo innecesario el insistir más sobre ellos para inculcarla el deber de apartarse de tan funesta pasion, no sobra el que diga algo sobre los físicos y orgánicos, que llegan á ser su consecuencia.

La pasion de los celos concentra la invencion y da lugar á la tristeza, á la melancolía, á la hipocondría y al histerismo. Pero una vez perturbadas las funciones del sistema nervioso en sus importantes centros, viene ó se desenvuelve la locura, cuando la perturbacion es cerebral; y cuando es afectada la invencion trisplánica vasomotora en la mujer, en que rige y domina la matriz, vienen sus congestiones, sus perturbaciones, sus lesiones y todas las correspondientes á sus anejos; más tarde, y como consecuencia, las perturbaciones reflejas de la médula, del encéfalo, las convulsiones, el histerismo, la eclamsia, la epilepsia, etc., etc., y tras de éstas, otras sobre el estómago, el hígado, y últimamente las alteraciones de la sangre y de la nutricion; en una palabra, la patología del sexo entero.

Si no hubiera otra razon ni fundamento que los males, los peligros y fatales consecuencias que acabamos de apuntar, originados por la fatal pasion de los celos, para recomendar la necesidad de cimentar bien la educacion de la mujer, con la cual únicamente puede ser bastante fuerte para vencer á tan asidua enemiga, me bastaria ella sola para afirmar que la que hoy se le da es impotente é incapaz para tan rudo combate, porque carece de los ver-

daderos principios que pueden ser su fuerte brazo y útil armadura. En lugar de proporcionar á la mujer en sus primeros años un buen desarrollo orgánico que la proporcione luego regularidad y armonía en sus funciones, y resistencia bastante para las necesidades de su vida compleja, se la contrae y debilita, coartando la evolucion de sus órganos, afeminando más de lo que es su espíritu, torciendo sus gustos, sus instintos y sentimientos, formando, en fin, un raquítico organismo, y creando un alma débil é histeriforme.

Más tarde, cuando la edad es ya oportuna para desenvolver y fomentar en ella los buenos sentimientos, cimentando en los mismos la virtud, formando las costumbres del cumplimiento de los deberes, excitando é inculcando amor á la familia, á la sociedad, á la patria y á nuestros semejantes, especialmente á los que sufren; cuando debían formarse sus hábitos de verdadera modestia, de apego al trabajo, de economía, y cuando, por fin, es el tiempo de hacer su conciencia en el amor al bien por el bien mismo, de respeto á las leyes, porque son la verdad misma, y la voluntad de Dios, así escrita en el código de la naturaleza: entónces se la enseña, poco más ó ménos, unos cortos apuntes de moral materialista, el amor á los placeres, el hábito de la hipocresía y el arte de engañar al hombre, al mundo, á Dios, si fuera posible, y también á sí misma. Es verdad que la mujer así educada y que sigue tan extraviada conducta, halaga los deseos del hombre que quiere vivir en la atmósfera de lisonja y adulacion; pero así y todo, queda rebajada, como lo es, su dignidad, y sin poderlo remediar, justifica el equivocado y poco decoroso concepto de que es solamente un instrumento de placer material. ¡Miserable modo de juzgar y bien digno de lástima, propio únicamente de los que, no teniendo dignidad ni estimacion de sí mismos, quieren rebajar la de los demas, y de los que, desprovistos de toda virtud, no apeteecen verla en la mujer, para no tener que tributarla el culto que merece!

Y en cuanto á la educacion intelectual, forzoso es confesar que nada hay más vago, incierto y desordenado que la instruccion que se da á la mujer, tanto en los colegios como privadamente. No hay rumbo fijo ni derrotero determinado que señale el programa de las materias que debe comprender, ni sus limites, ni tampoco su distribucion; como si fuese indiferente dar una ú otra direccion á las ideas, uno ú otro giro á los conocimientos, reducirlos ó ampliarlos, extender ó limitar el horizonte en que ha de obrar su razon. De esta viciosa y mal sentida práctica en la educacion de la mujer, resulta que su instruccion, en lo general, es incompleta, insuficiente, y sólo á propósito para engendrar errores más que para conducir al conoci-

miento de la verdad y á las necesidades de la vida.

La instruccion de la mujer es indispensable que sea acomodada á la ley de su destino, á las necesidades de la familia, de la cual es el núcleo en toda su evolucion y vida moral y material. Estoy lejos de pretender que sea tan extensa y profunda como la del hombre, ni que haya de tener igual carácter, siendo así que su mision es distinta; no aspiro tampoco á formar mujeres sabias que pudieran brillar en las academias y distinguirse por sus vastos conocimientos en ciencias y literatura; tampoco pretendo hacer de ellas doctores de respectivas facultades y profesiones, como sucede en algun país; quiero únicamente que tenga y alcance el conocimiento de sí misma, de los seres que la rodean, y especialmente de aquellos que sólo pueden vivir por ella, de las relaciones establecidas entre los mismos, y de la dependencia que entre sí tienen con arreglo á las leyes del universo. De este modo creo que, ayudadas sus naturales dotes con las luces de la ciencia, podrá pensar con rectitud y claridad, juzgar con buen criterio y destruir las muchas preocupaciones y errores que ofuscan á la razon inculta, á la manera que las malas hierbas crecen en campo yermo, donde no ha penetrado la mano del hombre y la provechosa influencia del trabajo.

No me es posible dudar, que el día que esto suceda, la mujer hará un papel más digno en la sociedad, y ésta recibirá gran impulso en su civilizacion y progreso, mereciendo con más justos títulos el respeto y la consideracion del hombre.

DR. ENCINAS,

Catedrático de la Facultad de Medicina de Madrid.

LA PRÓXIMA EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES.

OBSERVACIONES ACERCA DEL DECRETO DE CONVOCATORIA Y REGLAMENTO PARA SU EJECUCION.

La *Gaceta* del día 8 del corriente publicó el decreto convocando para una Exposicion de Bellas Artes en Octubre de este año. Leyendo el preámbulo resalta el noble y principal objeto que se propone el Gobierno, para quien no pasa desapercibida la tendencia de la pintura moderna, que habiendo empezado por cultivar en demasía el género gracioso, llega á enamorarse de lo trivial, y amenaza caer en lo ridículo é insoportable.

Ciertamente que nadie como el Gobierno tiene en sus manos el volver por los fueros del arte elevado, del arte al servicio de las grandes ideas y de los grandes hechos, manantial de purísimos goces para el hombre, el cual no puede vivir alimentán-